

Madre Candelaria de San José

Trazos de la nueva beata venezolana

Felipe Amenós*



La Sierva de Dios Madre Candelaria de San José (en el siglo Susana Paz Castillo Ramírez) nació en Altagracia de Orituco (Estado Guárico) el día 11 de agosto de 1863. Entre sus ascendientes se cuenta a Doña Candelaria Pérez y Bolívar, su abuela paterna, prima hermana del Libertador Simón Bolívar, distinguida por su piedad y caridad. La familia Paz Castillo Pérez, radicados en otro tiempo en la Parroquia de la Candelaria de Caracas, salieron de la ciudad en junio de 1814, durante las guerras de emancipación, ante la inminente llegada de las huestes de Boves, para vivir en Aragüita.

NIÑEZ Y JUVENTUD

Uno de los hijos de Doña Candelaria, Francisco de Paula, se estableció posteriormente en Altagracia de Orituco, en donde contrajo matrimonio con María del Rosario Ramírez. En ese hogar feliz y cristiano, vino al mundo la Sierva de Dios, Susana, que con sus tres hermanos, Francisco de Paula, Trinidad y Carmela, se formaría en una piedad sencilla, sólidamente fundada en la virtud.

Siendo aún niña murió el padre, lo cual, unido a las calamidades públicas, continuas guerras y epidemias que sufrió Altagracia durante la segunda mitad del siglo XIX, contribuyó a que su familia descendiera de la posición desahogada en que habían vivido.

La formación escolar de la Sierva de Dios fue bastante escasa y deficiente, un poco de acuerdo con los tiempos. Aprendió a leer y a mal escribir y un poco de cuentas. En cambio fue discípula aventajada en labores manuales, especialmente bordados. Ya siendo religiosa solía repetir: “Desde limpiar chiqueros hasta bordar en hilos de oro, todo puede servir para dar gloria a Dios”, aludiendo a los oficios en que tuvo que emplearse, pues tenía buena disposición para toda clase de trabajos.

Hizo su primera comunión a los 16 años, a poco de la llegada a Altagracia del Pbro. Dr. Alberto González, quien ocupará un lugar preponderante en su formación espiritual.

El 5 de agosto de 1880, se estableció en Altagracia el Apostolado de la Oración. En 1882 Susana figura entre las socias, y era celadora desde 1897.

Era Susana de color trigueña, de mediana estatura. Dotada de un temperamento equilibrado y un carácter rico, en donde se hermanaban las dotes naturales y la virtud, que va creciendo por el esfuerzo de la voluntad y la acción de la gracia, a la cual ella corresponde tan plenamente, que parecía haber nacido para las cosas de Dios. Ella correspondía con la frecuencia de sacramentos, enseñanza del catecismo, confección de ropa para el servicio del culto y de los Santos, y con un total alejamiento de lo que significa peligros para la práctica de la virtud.

***“...Lo que vino a hacer posible el Hospital fue la intervención de una débil mujer, pobre e ignorada, que se llamó Susana Castillo. Ella tiene con sus compañeras cinco años de miseria, trabajos y multitud de penalidades, y parece que principiaron ayer.*”**



Foto: Carmen Sierra

SENSIBILIDAD A FAVOR DE LOS NECESITADOS

A los 24 años de edad queda como ama de casa, por la muerte de su piadosa madre, que le encomendó la numerosa familia, compuesta por parientes y ahijados, para quienes ejercerá el oficio de madre.

Pero lo que principalmente distingue a Susana es su gran sensibilidad ante la desgracia ajena; su gran caridad para con los pobres y necesitados. No contenta con asistirlos con sus haberes, recogía a los más enfermos en su propia casa, y en una fábrica medio abandonada que había entre su casa y la

Iglesia Parroquial, acomodaba a los enfermos más pobres y abandonados, en catres de lona y chinchorros que ella misma confeccionaba, los curaba y los sostenía con las limosnas del “Pan de los Pobres de San Antonio”, que el Dr. González había establecido en la Parroquia, y con lo que ella conseguía con el fruto de su trabajo o recolectaba entre las personas de buena voluntad.

En diciembre de 1901, estalló en Venezuela la llamada “Revolución Libertadora”. Altigracia sufrió enormemente los efectos de esta revolución, cuyo saldo fue la devastación, la miseria y una cantidad incontable de enfermos y heridos, que quedaron abandonados a su suerte por calles, plazas y campos.

Nadie como Susana se distinguió en su caridad hacia estos pobres desgraciados, a quienes consolaba, curaba y ayudaba a bien morir, recogiendo a los que podía en su improvisado hospital.

El 17 de febrero de 1903. Llegó a Altigracia como nuevo cura y vicario interino, el Dr. Sixto Sosa. Con los doctores Pedro M. Arévalo Cedeño y Estanislao Landaeta, convienen en que para poner remedio a la crítica situación de los enfermos abandonados se impone abrir un hospital. Pero sólo encuentran una solución para que esta obra sea factible: hallar una mujer con gran espíritu de sacrificio y abnegación que se pusiera al frente. Propusieron este plan a Susana, quien al punto contestó: “Aquí estoy”.

Pronto encontraron la colaboración de otros señores de la localidad. El primero de agosto de 1903 se constituía la junta Directiva del Hospital y el 13 de septiembre, habilitando para ello una casa de bahareque situada en la cumbre del cerro de Lucena, se inauguraba solemnemente con el nombre de “Hospital San Antonio”. Aquel mismo día quedaban instaladas en el Hospital Susana y otras tres señoritas que espontánea-

mente se ofrecieron a acompañarla. La junta del Hospital hizo reconocer a Susana como superiora, y el Dr. Sixto Sosa, como Director Espiritual, les dio instrucciones por escrito para ir preparándolas a la vida religiosa que ellas deseaban abrazar. A fines de año se les habían unido otras dos nuevas compañeras.

De la labor eficiente de Susana y de sus compañeras en el Hospital San Antonio basta consignar este testimonio de la junta del Hospital: “...Lo que vino a hacer posible el Hospital fue la intervención de una débil mujer, pobre e ignorada, que se llamó Susana Castillo. Ella tiene con sus compañeras cinco años de miseria, trabajos y multitud de penalidades, y parece que principiaron ayer. Sus enfermos nunca se acaban. siempre el mismo lamento en los oídos; siempre por delante el mismo aspecto de desolación y muerte, y siempre hay en el cerro de Lucena manos piadosas que curen, vistan al desnudo, consuelen y den paz a muchos desheredados”.

Con el lema: “Dios es caridad”, no sólo cuidaban a los enfermos espiritual y corporalmente, sino que cesta en brazo y de puerta en puerta, tenían que procurarles el sustento diario con las limosnas que recogían. “Cuando alguna enfermera se acercaba a ella para decirle que el pan de los enfermos no alcanzaba, se dibujaba en sus labios una sonrisa de gozo y decía: “Sí hay, hijita”. Y tomando la cesta bajaba aquel cerro de piedra, y luego volvía sudorosa y fatigada, con su sonrisa acostumbrada”.

SU OPCIÓN RELIGIOSA

En un primer momento pensaron en hacerse “Hermanitas de los Pobres” de Maiquetía, institución venezolana recientemente fundada por el Padre Machado. Pero, principalmente por la dificultad de comunicaciones, todos los intentos fueron vanos. Viendo el Dr. Sosa que pasaba

el tiempo y nada se adelantaba, de acuerdo con el Sr. Obispo Diocesano, Dr. Felipe Neri Sendra, trató de darles forma de Congregación a la pequeña comunidad y el 13 de junio de 1906 vistió el hábito a las primeras religiosas de la naciente Congregación. Susana trocó su nombre por el de Hna. Candelaria de San José, por la especial devoción a esta advocación de la Virgen, cuya imagen guardaba como legado de familia, y también en memoria de su caritativa abuela paterna, Doña Candelaria Pérez Bolívar.

Bajo la dirección espiritual del Dr. Sixto Sosa, pasaron cuatro largos años de noviciado. Finalmente, el 31 de diciembre de 1910, con el nombre de “Hermanitas de los Pobres de Altigracia de Orituco” o de Calabozo, con la profesión religiosa de las seis primeras Hermanas, nacía como institución diocesana, la nueva Congregación Religiosa. El Sr. Obispo les recibió personalmente la profesión con gran solemnidad y regocijo de la población y “confirmó con su autoridad apostólica el cargo de Superiora General, que venía desempeñando, a Madre Candelaria de San José”.

En 1916 estaba el Hospital de Altigracia muy comprometido con deudas, por lo que se decidió que Madre Candelaria saliera a una larga gira de recolección. Iba con otra Hermana y un peón y recorrieron a lomo de bestia los Estados Guárico, Anzoátegui y Bolívar hasta el interior de la Guayana. Hubo días en que no hallando donde hospedarse, pasaban la noche en plena sabana, oyendo en su forzado reposo los aullidos de las fieras de la cercana selva. El día 31 de Diciembre de 1916, hallándose Madre Candelaria en Ciudad Bolívar le llegó a la fecha de sus votos perpetuos, que emitió en manos del Padre Fundador, Monseñor Sosa, entonces obispo de Guayana.

En su gira llegó Madre Candelaria hasta Upata, donde una “Sociedad de Caridad” estaba

construyendo el “Hospital del Crucificado”. La población recibió a las Hermanas como una bendición del Cielo, y les solicitaron que se encargaran del Hospital. Madre Candelaria, después de recorrer las poblaciones de Yuruary, dejó a su compañera en Upata, para colaborar con la junta Directiva y ella, después de detenerse en Río Caribe y Carúpano y en otros poblados de las costas de Paria para recolectar, por vía fluvial y marítima llegó hasta Margarita.

Hasta el 20 de marzo de 1918 no saldrá Madre Candelaria de Porlamar. Después de año y medio de ausencia, dejando establecidos los dos nuevos Hospitales, el 5 de mayo estaba de nuevo en Altigracia, habiendo podido ayudar a resolver las necesidades económicas de su Hospital.

A últimos de 1918 Madre Candelaria cayó gravemente enferma. Ya hacía tiempo que se sentía mal a consecuencia de una caída de la cabalgadura que había tenido en uno de sus viajes de recolección, recibiendo un fuerte golpe en el pecho, que con el tiempo degeneró en un tumor maligno. Su mal se agravó al contraer la pandemia, asistiendo a los apestados. A tal extremo llegó la gravedad, que a primeros de enero de 1919 se temió por su vida.

El 14 de abril fue felizmente operada en el Hospital Vargas de Caracas, pero su recuperación fue muy lenta. El 19 de junio estuvo orando junto al cadáver del Siervo de Dios, Dr. José Gregorio Hernández.

Después de su grave enfermedad en el 1921 todavía aceptó dos hospitales: a Barcelona y a Cumaná. Todas estas fundaciones fueron sin rentas o ingresos fijos. Al mismo tiempo surgieron las dificultades debido a la situación jurídica de la pequeña Congregación. El 25 de marzo de 1925 obtuvieron la agregación como Terciarias Regulares a la Orden del Carmen realizándose dicha agregación

el 25 de julio de 1826. La Sierva de Dios fue nombrada superiora y a la vez Maestra de novicias en Porlamar.

En 1929 en ocasión del temblor de Cumaná, organizó inmediatamente una expedición de auxilio permaneciendo allí para curar a los afectados de una epidemia de viruela. En el 1933 aceptó un nuevo hospital en Duaca, y trasladó el noviciado a Cumaná en donde en el año 1935 las Carmelitas se dedicaron también al apostolado de la enseñanza en un nuevo colegio. También en Altigracia se fundó una pequeña escuela para niñas pobres.

En el primer capítulo general de la Congregación del 11 de abril de 1937, la Sierva de Dios fue liberada del cargo de Superiora General, continuando como Maestra de novicias. Al cabo de un año se enfermó gravemente de reuma del que no se curaría. Después de una larga enfermedad soportada de modo ejemplar, falleció en Cumaná el 31 de enero de 1840.

Las exequias tuvieron lugar en la Catedral, con gran participación de clero y fieles. En 1955 sus restos fueron trasladados a la nueva casa de Caracas.

Afirmándose cada vez más la fama de santidad, el Eminentísimo Cardenal de Caracas, ordenó la apertura de los Procesos canónicos. Los tres de hecho se iniciaron el 22 de marzo de 1969 y fueron cerrados el 14 de julio de 1974. El 26 de noviembre de 1975, tuvo lugar su apertura canónica en la Sagrada Congregación de las Causas de los Santos. La Congregación para la Doctrina de la fe dio a su vez el Nihil obstat el 10 de febrero de 1976.

* Religioso Carmelita. Postulador de la causa.